

En: Américo Castro: The Impact of his Thought
Essays to Mark the Centenary of his Birth
Edited by: Ronald E. Sautter, Jaime Ferrán & Daniel P.
Testa, Madison, The Hispanic Seminary of Medieval Studies,
Américo Castro y la historia 1988.

Francisco Márquez Villanueva
Harvard University

La relación de los españoles con su historia ha sido siempre compleja y no se halla exenta de una oscura jeremiada. Tras la brillante puesta en marcha supuesta por la historiografía alfonsí, nuestros autores medievales empiezan pronto a plañir el olvido en que las hazañas de los españoles caen por falta de plumas para celebradas. Los cargos de cronistas oficiales, empezando por Juan de Mena, sirven después, en conjunto, como síncopas destinadas a garantizar que sus titulares se dedicaran a cualquier actividad que no fuera escribir historia. Micerías Mahílón y sus benedictinos echas los cimientos del moderno saber histórico, cuando entre nosotros la mala hierba de los falsos cronistas, halagos de la vanidad colectiva que la misma Inquisición pretendió abrigar bajo su manto de ortodoxia.

Pero sobre todo, el XIX, gran siglo de la historia, no produce en España ninguna figura destacada. Pomposos nombres de la Academia y el Foro, que a veces cubren el trabajo forzado de anónimos amanuenses, tratan de recuperar algo del tiempo perdido con colecciones de documentos, cuyos resultados se pasan muy allá del abrumar los plúmos con arabas de papel impreso, materiales en el sentido literal de la palabra y destinados a permanecer casi tan desconocidos como artes. Es lo que resulta un destino peculiar, la elaboración de conceptos y encuestas históricas la realizan estos señores de preferencia filólogos. Nos excusaremos así en un terreno dominado hasta hoy por la trilogía Menéndez Pelayo, Menéndez Pidal y Américo Castro. De ellos sólo este último llegó, en la etapa decisiva y final de su vida, a un declarado compromiso con la historia.

La primera gran síntesis del pasado español es realizada por Menéndez Pelayo, más bien un humanista al viejo estilo que un hombre de mentalidad científica. Tiene el adverso destino de nacer ya defasado del pensamiento del siglo y de no llegar a iniciarse en la lingüística románica, que un tarde llegó a aprehender y nunca a comprender. Su obra es, técnicamente hablando, una mezcla de torpezadas y esquisitocos. Se trata, por desgracia y a pesar de su innegable grandura, de una construcción poética y bondadosa.

Departamento Multidisciplinario
José Emilio González

SMJEG

Facultad de Humanidades
UFR-EP

5/10/10/15

76776711

DMU

vindictiva de un pasado católico e inquisitorial que se resiste a morir. La revista juvenil de Menéndez Pelayo respondía claramente al *desideratum* de una España que nos todo se concebía a sí misma como heredera de un legado y que recompensó a su paladín con tanta humana satisfacción a su mano en el siglo XIX. Vivieron después, sí, las famosas "modas",¹ pero hay que reconocer que el declinista don Marcelino nunca fue dispuesto a llevarlas hasta el punto de alzar con aquellas las legadas digestiones de la España de la Restauración.

No cabe hablar de una escuela de historia española hasta la fundación del Centro de Estudios Históricos (1910) en torno a la egregia figura de don Américo Menéndez Pidal. Máximo logro del espíritu científico y liberal de la época, sorprendió también hasta el desconcierto en su aceptación al menos una de los planteamientos de don Marcelino. Es evidente que en dicho Centro se consideraba de mal gusto² el abordar temas como el de la Inquisición o el destino final de las minorías semíticas. Salid del Centro de Estudios Históricos un ejemplo espírita de amor a la tarea y de responsabilidad ciudadana, o no la menor ruptura o revisión profunda del pasado español. El interés en los temas de historia intelectual y religiosa,³ que fueron sin duda un éxito fúero, debió tanto a falta de tradición como a escaso deseo de entrar en ninguna polémica de fondo. Para comprenderlo, hay que ver en nuestra época una peculiar con que la crisis del Noventa y ocho ha agudizado aquella conciencia, de por sí hipersensible, entre el español y su historia. Publicistas políticos (no historiadores) han cuajado a través sobre todo del ensayo la crítica del regeneracionismo y la polémica en torno a la identidad nacional. La desembocadura en la tesis maniquea de "las dos Españas". Como resultado, el español necesita más que nunca de una historia vista como un mundo glorioso, única riqueza que no ha desaparecido de los cofres de la realidad. Inmerso o tal vez ametrinado por la conciencia de época, si don Américo está dispuesto a acudir al enfermo de un sueño anacrónico. Prefiero, al contrario, encontrarlo navegando y su Cid Campeador ofrece hoy para nosotros una deliciosa pátina de héroe y abanderado del regeneracionismo, prometido con un patriotismo a la defensiva. Menéndez Pidal mostró por una decidida aversión a cuanto pudiera verse como menoscabo de aquellas glorias nacionales, según demostró hasta el final con su actitud hacia don fray Bartolomé de las Casas.

A grandes rasgos, no es otro el panorama ante los ojos de Américo Menéndez Pidal en su exilio de Princeton, a comienzos de los años cuarenta. Su libro reciente no es otro que una atormentada reflexión sobre la guerra que no puede menos de ver como punto final de un proceso histórico

iniciado tras la liquidación de la España de las tres religiones en manos de los Reyes Católicos. A la hora de hacer inteligibles las causas profundas de un lectuoso estallido, don Américo la considera también una consecuencia de la incompreensión y el autengaño de los españoles con su propia historia. Llega, sobre todo, el momento excesivamente dilatado de dar una respuesta liberal pero no polémica a Menéndez Pelayo y a sus *Metempsychosis*, por cuyo prólogo liberalmente se ha muerto y matado en la cañita cortada. La simpatía que la figura de don Marcelino nos inspira en otros terrenos no debe cegarnos para extirpar aquí de una espantosa responsabilidad, con su refutación del ser nacional a un catolicismo anacrónico y fracasado, fuera del cual no habría siquiera derecho a titularse español. Permítaseme el excusar de que la guerra civil fue posible porque de hecho se hallaba entablada desde muy atrás y porque todos se habían reconciliado de antemano con la idea de un ajuste de cuentas a cualquier precio. El desenlace de exterminio resultaba inevitable para un cuerpo nacional cuyos intelectuales eran capaces de fundir la libra de patria con un catolicismo inquisitorial o de acoger, en el otro lado, aquella racionalización horrible de "arrojar aunque sea un millón de españoles a los lobos, si no queremos arrojarnos todos a los puercos".⁴

Don Américo había sido siempre un poco el *español terrible* y el *maverick* del Centro de Estudios Históricos.⁵ Le correspondió así ser el primer español dispuesto a romper para siempre con el nacionalismo encubridor de todas las invertebradas, así como con la misma obsesión de lo político y lo religioso, que empeñaba lo peor del pasado y contribuía a perpetuarlo. Su abrazo con una historia que era preciso enseñar (y no leer ni demostrar), llevó a donde llevaba, era un gran acto de fe intelectual, a la vez que del más sano y heroico patriotismo. No ha existido probablemente más brillante ni radical ejercicio de dolorosa autognosis (no autoflagelación) y el ejemplo de este caso español no dejará de ser provechoso para otras comunidades modernas, aún no maduras para dicha clase de discurso histórico. El concepto de España de don Américo no dependía para su grandeza de un desfile de glorias zarzuelas. Miraba cara a cara los temas difíciles o negativos que hasta entonces venían disimulándose y, sobre todo, dejaba por primera vez de convivir con su concepto histórico a la inutilidad de los españoles. Se hacía en su obra un gran barrido de ideas, diatribas y ocultaciones con cara de orgullosa ruralidad. Buscaba, sí, una inteligencia del origen, ser y existir de los españoles, pero en un plano funcional, no metafísico al estilo de las búsquedas decimonónicas del "carácter nacional", si menos aún ideológico, según la vitanda fórmula de don Marcelino. "Qué es España" no era para don Américo, como para Ortega y Gasset (*España inventada*), una pregunta ingenua. Tampoco, como

un Sánchez Albornoz, "un enigma histórico". El eterno "problema" de España, que en los años cuarenta se declaraba en la Península insistente y poco a poco que por decreto,⁶ era para Castro el de una historia mal planteada en su estado y conjeturada por el condigno calvario de laboriosidad e inteligencia.

El gran esbozo histórico elaborado por don Américo tiene multitud de encuentros con la filosofía y con las ciencias humanas de este siglo, pero principalmente ha de entenderse como la realización algo tardía de un programa alzado en vano por algunos espíritus españoles desde los años de crisis del Noventa y ocho. El joven Usamano de *En torno al casticismo* (1905), resistiéndose al fácil espejismo regeneracionista, había diagnosticado como

el estado de la propia historia, que debía ser un legítimo estado de conciencia, se usaba, por desgracia, como forma de apología y apologías de vergüenzas, y de excusas y de disculpaciones y componendas con la conciencia, como medio de defensa contra la penitencia regeneradora. Apenas los trabajos de historia en que se llama glorias a mostrar mayores vergüenzas, a las glorias de que nos pagamos.⁷

o poco más abajo:

El conocimiento desinteresado de su historia da a un pueblo valor, conocimiento de sí mismo, para desprenderse de los deberes de desampliación que emborronan su vida.⁸

El incumplido llamamiento usamaniano fue confirmado por Manuel Azúa en el día de la República como un urgente problema nacional. España no era gobernable mientras se enseñara en sus escuelas y universidades una historia irreal y estupefaciente, conforme al síndrome descrito en *El jardín de frades* (1926). Se había traído indispensable para el alzamiento de una ciencia nacional pacífica y moderna. Sin duda tuvieron razón don Américo y fuera algunos textos que hoy cabe llamar proféticos, como el discurso pronunciado el 27 de mayo de 1932 sobre el estatuto de Cataluña:

En el estado presente de la sociedad española, nada puede hacerse de útil y valioso sin emanciparse de la historia. Como hay presentes hereditarios, así España es un país hereditario... El verbo histórico que como hebra las bases del estat español en se organiza en la investigación es en la crítica o análisis de los hechos; antes, la falta de esas hábitos escolares prepara el terreno a la invasión mortosa... Proven de nuestra política a la presente guerra de nacionalidad y vasconas,

similoco, avetados por una herencia fútil y un nacionalismo torpemente que si siglos se atreve a exhibir sus filias avetadas.⁹

Para don Américo ha llegado por fin esa hora ineludible de explicar el proceso histórico español fuera de toda coordenada nacionalista o ideológica. Más aún, el mismo acto de dicha toma de conciencia debe dar fe del abandono de los viejos hábitos, con una selección capacitada para conferir al caso español un interés universal dentro del moderno saber histórico. Necesario ya de la más pura tradición filológica europea, creía don Américo llegado el momento de conferir también a la historia española una mayoría de edad en relación con el pensamiento de nuestra época. Y ahí está el magno testimonio de *España en su historia* (1948) y cuanto la siguió hasta el año 1972.

Toda esta inserción de Américo Castro en lo más ambicioso y renovador de la conciencia de su tiempo, así como su ampliación del foco y metodología de los estudios históricos, le ha sido imputada por oponentes sistemáticos en una columna de escandalosas transgresiones. Los caos, acuerdos y desacuerdos con Usamano y Ortega, la incorporación del pensamiento existencialista y del historicismo diltheyano, todo le ha sido echado en cara como si se usara de una lista de crímenes. No nos importe darles algo de lo suyo a tales detractores y comprendamos que la idea de un historiador español con semejante tipo de preocupaciones es tan desusada como para resultar en sí desconcertante y hasta subversiva. A los que estudiábamos historia en la universidad española de los años cincuenta se nos enseñaba todavía que ésta consistía en "los documentos", que como se sabe son papeles custodiados en los archivos y acerca de los cuales lo único que hace falta aprender son técnicas de transcripción paleográfica. Ya me he referido en otra ocasión¹⁰ al dano, también "histórico", de que jamás escuché dentro de un aula los nombres de Usamano ni de Ortega, y mucho menos el de Américo Castro, cuyo mero cuchicheo por los pasillos bastaba para infundir espanto.

El resultado de los esfuerzos de Américo Castro es una historia en "decaer", que por la primera vez uno a los españoles bajo el pabellón de una experiencia común, en vez de divididos. El cronista, como el conserje o el inquilino son otros tantos aspectos de acción y reacción ante una infinita gama y encadenamiento de detalles, elaborados desde el interior de irrepetibles formas de vida. España no es una entidad ni física ni metafísica que siempre haya estado ahí, sino una realidad histórica hecha y deshecha por un determinado grupo humano que tardó mucho en llamarse "español". No veo fundamento a la objeción de que la mirada surtí consiguiera una jaula o atligo determinista para el individuo ni para la sociedad.¹¹ Por el contrario,

Américo Castro contempla el pasado como una continua, fascinante opción de un libre albedrío y, contra las tesis marxistas, la económica es sólo una de ellas y no el motor de la historia. No le interesa el rígido trazado idealista de ningún *dawropanier*,¹² ni tampoco elegir la esencia de una imposible "España eterna". En lugar de todo esto, una atención monopolizada por el carácter esencial del hecho histórico, que es probablemente su mayor aportación original, con independencia de la mayor o menor validez de sus tesis y conclusiones en un orden de problemas concretos. Frente a la España monolítica que se sabe que con escasas excepciones ("heterodoxas") de Menéndez Pelayo, un har de posibilidades que unas veces se realizan y otras se frustran, el ser de una historia que pudo haber corrido por cauces muy diferentes, así se enciende, por ejemplo, al problema de las minorías intelectuales y los grupos sociales marginados, desde las tanta promesas de una historia nueva. Sabía muy bien, y por muchos años fue el árbitro, de la misma que suponían los estudios de historia religiosa, encarecidos al mismo tiempo y fracasados en manos de Menéndez Pelayo. Don Américo publicaba ya en 1929¹³ páginas memorables sobre Santo Teresa, que cuentan entre lo más escrito en materia de literatura religiosa con anterioridad a la revolución que por Marcel Bataillon a los estudios de espiritualidad. Después de ella hubo una renovada atención al sentido humano y sociológico del hecho religioso, en noble compañía, pero no siempre del brazo del gran hispanista que, como atestiguan esa exploración tan difícil que es *Los hipócritas y el noveno* (1941-1942).

En un terreno ya específico, su mismo foco innovador esencial, como es obvio, es la valoración activa del aporte semítico, causante de una Edad Media y, por consecuencia natural, de un proceso moderno que no se deja llevar por la mera transposición de modelos elaborados para el resto de Europa. Aunque en el fondo no hacía sino aplicar desvirtuando el concepto sociológico de aculturación,¹⁴ la susceptibilidad del español con su historia para dar a la empresa un carácter revolucionario. Don Américo sabía, entre otros, el imperdonable crimen de asear el golpe de gracia al neovisitismo, espina de una visión conservadora de la historia española y, desde la obra de Lucas de Tilly, hijo de parte ocultadora de lo que a prevención militante contra su valoración positiva.

El problema ha resultado aquí particularmente difícil. Don Américo que en sus esperanzas a sus ideas una seria cuota ancha y ya en su memoria cómo "el español no se interesa en estudiar más historia que la civilización que la veja".¹⁵ Para ejemplos en contrario hay que irse al siglo XVI, con la actitud del Inca Garcilaso hacia la historia de

la del muchacho más modesto Miguel de Luna¹⁶ hacia lo islámico, sin olvidar que aun en ambos casos parece para adentro por razones de orden muy personal. La presencia académica de lo semítico, que al igual que en la lengua, decepciona don Américo a modo de aportación permanente en la cultura española, despertaba y sigue despertando resistencia. Mila contra ella el más inquisitorial que extiende sobre moros y judíos el pelo de la *deslealtad* y, más o menos confidencialmente, sigue considerándolos como huéspedes indeseables para meter en la propia casa, sobre todo cuando ahí a las puertas se tiene a la patria y "Occidental" España. No es de extrañar tampoco que cuando en las filas académicas cierta alarma ante tamaño compromiso, sobre todo cuando éste impone la dura alternativa de prestar atención a las lenguas semíticas y los filólogos, en especial, tienen ya tanta labor entre manos a base de la latina.

Lo más extraño es, sin embargo, el relativo desinterés de arabistas y hebraístas en atender a unas cosas que, en principio, parecen obvias y ricas promesas. El fenómeno es complejo en diversas perspectivas. Conspicuo y cerrados sobre sí mismos por efecto de su pequeña representación en el seno del mundo académico, comportan la misma ciega provincialidad de los romanistas a involucrarse activamente en el estudio de formas culturales híbridas, que dentro de su orden de prioridades se les antojan como secundarias, además de exigir un innecesario aprendizaje en áreas desusadas. En el caso concreto de España ha conado además la hipoteca ideológica que ha venido pesando sobre nuestro racismo orientalista, aislado a duras penas por la conciencia conservadora, que sólo ha permitido su propia existencia a cambio de verlo en manos de personas de toda confianza por lo que hace a orientalismo religioso y político (documentalmente prohibidos o asimilados). Como ha explicado James T. Monroe,¹⁷ el dogma de este arabismo español, vagamente válido de cierta credencialidad romántica, ha sido la inferioridad cultural, que hacía de lo islámico una barbarie disimulada y redimida si acaso por sus concomitancias con el cristianismo (tesis de *El Islam cristianizado de Ash Palacios*). Fuera del ámbito español viene a ocurrir también algo similar, aunque por razones opuestas. Musulmanes y judíos se nos parecen en hallarse estrecha y parroquialmente interesados en sus respectivas culturas, considerando su existencia en Al-Andalus-Sefarad dentro de una especie de vacío en el que todo lo cristiano es desdoblable además de odioso. Con la más toca injusticia, don Américo es considerado en Israel como un antisemita y la orientación de sus estudios viene a ser la obra cara de Menéndez Pelayo, sin advertir que con ello dan la razón a éste y justifican por carambola al Santo Oficio. Cabe añadir en este sentido que el orientalismo no se ha interesado ni pasado siquiera a la altura de los profetas y metodología científica por

os estudios de simbiosis cultural. Ya sabemos también de excepciones que confirman la regla, y por eso cabe esperar tanto de las generaciones jóvenes y del selecto grupo de arabistas y hebraistas aquí presentes. Las perspectivas abiertas por Américo Castro están llamadas a significar tarde o temprano, al igual que lo fue España misma, un segundo terreno de encuentro para Oriente y Occidente.

Al elaborar todo un sistema innovador y alternativo para el cuadro general de la historia española, don Américo no procedía a ninguna postulación de base metafísica. Sus obras están contrahídas como un desfilé de cuestiones articuladas minuciosamente y lúcidamente analizadas. Las acusaciones de no ser exhaustivo¹⁸ ignoran que la previa selección de problemas, líneas y fuentes con promesa de especial estudio constituye la única metodología posible dentro de los estudios que ahora llamamos, con Braudel, de la *longue durée*. Para don Américo sólo existe la realización inflexible del hecho humano en el pasado, de donde la vacuidad meramente facticia de subdividir su estudio en compartimientos estancos. Su obra es, por esencia, interdisciplinaria y exige, sobre todo, una fusión de la filología y de la historia que puede considerarse a su vez como epítome de las más fecundas ideas legadas por Menéndez Pidal a su escuela. El mismo divorcio entre romanistas y hebraístas no exige como único remedio aquella casi imposible duplicación de aprendizajes, sino la abierta y factible actitud interdisciplinaria de que el viejo maestro dio alto ejemplo.

Don Américo reclama para la literatura un lugar de privilegio entre las ciencias históricas, muy por delante de su consideración como afirmación de variadas mercedemente ilustrativas a que la relegaba el positivismo. Se inicia una metodología integradora, que deja muy atrás el mero, acostumbrado juego de datos en uno u otro sentido. La obra literaria no hace historia para, ante de hallarse irremediablemente inserta en ella, documentos, reacciones, simbiosis y hechos sociológicos en un plano de profundidad vedada a alguna otra clase de monumentos. El tratamiento del poeta no es pasivo como el de la historia social o cuantitativa, sino interactivo y "proléptico", hermenéutico, por lo mismo, no es como la de otros materiales, pues exige la integración del hecho estético que solamente la crítica literaria puede hacer visible. La literatura, se predica a su vez para el filólogo, ofrece una dimensión colectiva que interacciona con cuanto la rodea y que desaparece de la obra más individualista o más comprometida con puros fines formales. La literatura y no la psiquiatría, es el fundamento de una línea psicomotora,¹⁹ concepto que no nacido llegara a formular en cuarenta y dos años, pero que clarificó cada día de sus estudios y para cuyo

desarrollo estableció sólidas bases. Historiadores y filólogos se encuentran así llamados a trabajar hombro con hombro para establecer el círculo de comprensión que hace inteligible el sentido del pasado, con máximo provecho siempre para las respectivas disciplinas.

Todo esto significa hoy día un gran camino por el cual apenas si hemos dado unos pasos. En los últimos veinte años los estudios históricos han sido abrumadoramente captados por las investigaciones de tipo social y económico, con base doctrinal marxista más o menos cercana. Aun declarándose útiles y bienvenidas, representan con frecuencia el ápice del positivismo deshumanizador de la historia, donde las cosas y el número (productos, circulación monetaria, demografía, etc.) se vuelven más importantes que los hombres, o hasta alguna entidad geográfica (¡el Mediterráneo!) llega a asumir protagonismo. Para don Américo no había mayor negación de la historia que la pretensión de sustracción a la complejidad del fenómeno humano, reduciéndola a "una simple estructura sin nada ulterior".²⁰ Oponer por eso el concepto de función al de estructura y eleva el principio que es preciso llamar de "cualificación" frente al de "cuantificación". Como establece una de sus afirmaciones más memorables, "la vida humana no se somete a mensuraciones y previsiones".²¹ La historia de Américo Castro rechaza así la introducción de la "ley histórica" del positivismo bajo el título de estructuralismo (y esto se dice aparte del frecuente uso de la palabra *estructura* por don Américo, necesitado a su vez de urgentes estudios). Desde este punto de vista, el afán de obviar por vía matemática la complejidad imprevisible del fenómeno humano sólo oculta el *deus in situ* de las Humanidades en su carrera por asimilarse a las ciencias que en tiempos se llamaron "exactas".

En otro terreno, sería preciso encontrar claro de entre esos estudios de última hora no hace sino confirmar hechos anticipados o perfectamente previsibles dentro del sistema de Américo Castro (por ejemplo todo lo relativo a la catástrofica economía de la España de los Austrias). Se impone recordar que la razón de un concepto histórico no es sino la de hacer visible y cargar de significación a hechos o realidades hasta el momento anómalas, así como el fijar unas condiciones válidas de inflexión y analogía. Sin el Renacimiento de Burckhardt, el *Amor Cordis* de Gastón Paris y el *Burro de Whistler* ¿cuántas tiendas no habrían de cerrarse? Asistido del mismo, si no mejor derecho, el uso de criterios elaborados por Américo Castro para categorizar desde dentro el hecho histórico español se pinta en cambio escandaloso para no pocos. La estrategia en tales casos es la invocación farisaica de la clase de "pruebas" *a priori* que son ajenas a la metodología de las Humanidades y a

de las cuales si siquiera cubra "demostrar" que las lenguas románicas procedan del latín vulgar.

No importa demasiado, porque España en su historia abrió para siempre sensibilidad del historiador español,²² sea cual sea su escuela o tendencia y sea hizo enjuiciar conforme a otro estilo a Claudio Sánchez Albornoz. Cabe decir que, en conjunto, la visión de Américo Castro se acerca cada vez más al sentido natural del fenómeno histórico de España. Lo hace, sin embargo, de un modo paulatino y con frecuencia bajo esquemas destinados a dar dicha correlación, como son los recursos a la sociología del poderío "oligárquico" o al principio de "exclusión" como barriz estructuralista de que para don Américo era toda la problemática de la Ausera. Inevitable y achacosamente "se hace camino al andar". La limpieza de sangre, que para muchos años fue del todo ignorada o puesta todo lo más a cuenta de la curiosidad de museo, se acepta hoy, por tales o cuales caminos, como una de las grandes palancas del pasado español. La nueva trinchera de los oligarcas romanos ahora en auge que no consistía sino uno de tantos mecanismos de control implantados en toda Europa para defensa del modelo mental o *société d'ordres*²³ del Antiguo Régimen. Algo es algo.

No debemos olvidar, por último, que la obra histórica de Américo Castro es un esbozo, trazado en angustiosa carrera con la brevedad de la vida. Como el viejo marino recordaba con insistencia a sus amigos. En realidad vive en una serie de calas, una perforación de poros en terrenos que se van de importancia clave. Su valor es el de observaciones profundas para lo que queda por hacer. Ajena por definición y por parida doble a la "actividad" de un positivismo ingenuo, no se halla sino tan sólo lejos de emitir un cuerpo de doctrina cordón ni macorética. Don Américo no lo hizo todo dicho ni fue el único mortal al abrigo del error. Bajo la exploración de nuestros saberes hoy cosas que se ignoraban en 1972 y cada día nos afañando cosas. Nadie ha sido más consciente que don Américo de la provisionalidad de la tarea interpretativa, si se ha hallado más abierto a la crítica e incluso desautorización de grandes temas de su propia obra. De sus febril darse a revisiones al reeditar sus trabajos, aspecto de nuevo recientemente incomprendido y aun echado a la peor parte por sus críticos. Su obra es un edificio felizmente inacabado, y por ello abierto a las cuatro esquinas. Sus habitaciones se ven así sujetos a la inemperie de un trabajo intelectual de rectificación, puesta a prueba y refinamiento. Sonjaras tanta es de contrastar al simplismo ("todo es juicio", etc.) con que aquella es a veces invocada aun por personas del oficio. Lo mismo cabe decir de su rodado por un clima de librería no siempre servido en el gran público por

su adecuada exégesis crítica. Su sentido y general llamamiento no dejan de estar, sin embargo, muy claros. La obra de Américo Castro significa un gran avance en el conocimiento de la cultura de habla española. En cuanto tal, es base de nuevas construcciones, y en modo alguno tiene por qué ser una iglesia, ni aun siquiera en rigor una escuela, terminada para comodidad y perpetuación de un puñado de discípulos. No me he referido aquí hoy bajo ese espíritu, como prueba el que la mayoría de nosotros nos estrechemos por primera vez la mano en esta conmemoración jubilosa. Si es muy cierto, es cambio, que a todos los aquí presentes nos toca una responsabilidad personal y directa en traer a nuestro quehacer cotidiano esa renovación depurada y laboriosa, de cara siempre al hombre (y a la mujer) en su experiencia hispana, que es el último sentido y la única verdad absoluta de la obra y del ejemplo intelectual del maestro Américo Castro.

Notas

¹ Dámaso Alonso, *Meléndez Pelayo, crítico literario. (Los palcos de don Meléndez)* (Madrid: Gredos, 1956).

² Conforme al calificado testimonio de Vicente Llórens: "En mis años de estudiante, y aun después, se evitaba mencionar a la Inquisición dentro de la historia cultural de España. Era, en primer término, cosa de mal gusto que se caídas bien los conceptos tales como Renacimiento o Barroco . . . Cuando Manuel Bataillon, en sus primeros estudios sobre la literatura religiosa del siglo XVI, hacía referencia, como no podía menos, a la Inquisición, más de uno de sus propios amigos y admiradores decía al paso con desagrado" (*Aspectos sociales de la literatura española* [Madrid: Castalia, 1974], págs. 3-4).

³ Observación de José L. Aranzamendi, "A new model for Hispanic history", *Américo Castro and the Meaning of Spanish Civilization* (Berkeley and Los Angeles: Univ. of California Press, 1976), pág. 314. No hay que olvidar, sin embargo, el clima de guerra intelectual agitada que se vivía bajo toda la Restauración. Ninguna mejor prueba que la carta escrita por Américo Castro a Manuel Bataillon (20 de abril de 1928) acerca de la necesidad de atacar, contiene el crítico compartido además por don Ramón Menéndez Pidal y Dámaso Alonso, el uno benéfico del estado de aquel sobre el Escorial, (*Manuel Bataillon, "Ensayo, ayer y hoy"*, *Cuadernos Hispánicos*, no. 280-282 [número diccionario, 1973], págs. 204-210).

⁴ *Historia española en Obras completas* (Madrid: Aguilar, 1943), I, pág. 112.

⁵ Su interés en una historia más pensada comenzó con mucho a 1948 y es muy visible sobre todo en su labor periodística anterior al exilio, como Dámaso Alonso

1977. "En torno a los ideas de Américo Castro", *Actas del quinto congreso nacional de filología hispánica* (Barcelona, 1977), I, 105-120.

José Calvo Sotelo, *España sin problema* (Madrid: Espasa, 1949). Respuesta crítica a Pedro Luis Entralgo, *El problema de España* (Madrid: Seminario de Estudios Hispanoamericanos, 1948).

Idem, *completes* (Madrid: Espasa, 1964), I, pág. 798.

Idem, pág. 806.

Memorias políticas y de guerra (Madrid: Alfoque, 1976), pág. 399.

Francisco Márquez Villaverde, "El ensayo con la obra de Américo Castro", *Tratado sobre la obra de Américo Castro* (Madrid: Taurus, 1971), pág. 160.

Eugenio Asensio, "Américo Castro historiador: reflexiones sobre *La realidad histórica de España*", *MLN*, 81 (1966), pág. 607.

Precede la objeción de Leo Spitzer, *Lingüística e historia literaria* (Madrid: Espasa, 1964), pág. 71 n.

Sanza Teresa y otros ensayos (Madrid: Historia Nueva, 1977).

La decisiva incorporación de conceptos antropológicos en su obra ha sido estudiada

Ortiz F. de Sotelo, "The Historiography of Américo Castro: An Anthropological Perspective", *Bulletin of Hispanic Studies*, 49 (1972), 40-50. Otras consideraciones sobre el particular en Michael E. Gzell, "History, Medieval Spanish

de Lessons of Américo Castro", *Estudios Románicos Cuarterly*, 25 (1979), 179.

Ensayo de etnohistoria (New York: Free C. Roger, 1950), pág. 18.

Francisco Márquez Villaverde, "La vitalidad de la obra de Miguel de Luna", *Revista de Filología Hispánica*, 10 (1981), 259-265.

Two and the Truth in Spanish Scholarship (Leiden: J. Brill, 1970).

Referencia a queja de Hilda Graetz, en uno de los pasajes más bajos de la obra de Américo Castro ("Pírica escolar. En réplica al ataque de Claudio Guillén sobre Américo Castro", *Cuadernos de Historia de España*, 31-32 [1960], pág. 251).

De ahí la ineficacia de la psicología clásica para explicar la historia" (Américo Castro, *Diez ensayos* [México: Porrúa, 1956], pág. 36). Castro, "psycho-history" y la letra según Gzell, "History, Medieval Spanish Literature and the Lessons of Américo Castro", pág. 177.

Diez ensayos, pág. 22.

Idem, pág. 29.

Como observa Asensio Domínguez Ortiz, la publicación de *España en su historia* y la crítica que se siguió "indican que se había producido un cambio de coyuntura, afirmando una nueva sensibilidad para estos problemas y que este cambio se concretó en un solo sentido: el era una representación de hechos sucesivos"

("Reflexiones sobre la programación de la historia en enseñanzas de grado medio", *Magister*, 5 [mayo, 1983], pág. 44).

²³Texto esencial de José A. Maravall, *Poder, honor y elites en el siglo XVII* (Madrid: Taurus, 1979).

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG
Facultad de Humanidades
UFPA-RP